

Capítulo 8: Convivencia

La docena de carromatos estaban dispuestos formando un círculo en torno a la pequeña charca, entre los arbustos y palmeras. Habían retirado las ruedas y los habían convertido en pequeñas chozas de madera en donde dormían los heridos o enfermos.

Hacía tiempo que Sand se había acostumbrado a dormir al raso, con las gruesas mantas que habían robado a varios comerciantes, pues a la noche refrescaba sobremanera. Volvía de las letrinas, que habían construido algo alejadas por motivos evidentes, y observaba el cielo estrellado con asombro. Desde su ciudad era imposible ver el firmamento así de luminoso.

Había logrado lo indecible en aquellas semanas. Se había hecho con el favor de Rudi, con su propia compañía y el respeto de sus hombres, que acataban sus ordenes sin apenas oponer queja alguna. Había construido una base de operaciones estable en el mismísimo desierto de Mohad, lo bastante lejos para que los soldados del reino no fueran una amenaza, y lo bastante cerca como para enviar pequeños grupos de saqueadores a interceptar caravanas.

Por si fuera poco, su pequeño trato con la patrona de los Sederos le aseguraba un flujo constante de oro, acero, madera y otros bienes interesantes. Y lo más importante: información.

Se sentó a cenar con los suyos, como siempre, a orillas del lago en torno al fuego sobre el que descansaban varias cazuelas. Estaba tan de buen humor que ni siquiera lo importó que le sirvieran cactus por enésima vez seguida. Cada vez les era más difícil encontrar coyotes o avestruces para todos, pues cada vez eran más. Ante el éxito de Sand y el flujo de oro que le llevaban a Rudi, ésta había ido enviando a más y más hombres venidos de Suna. Hasta que los tostados de la compañía fueron minoría.

– ¿Dónde está el grupo tres? ¿No tenían que volver esta noche? –le preguntó Pierre, que había sido recolocado en la compañía de Sand unas semanas atrás.

– Estarán al caer –respondió Sand con la boca llena, pues los modales de la corte habían quedado enterrados en un palacio lejos de allí.

– ¡Espero que traigan limones! Ya no nos quedan... ¡Me encantan los limones!

Esa era Aditi, una niña de diez años, de tez, ojos y cabello oscuros que contrastaban con la alegre y luminosa sonrisa que siempre llevaba puesta. El Augusto Emperador de Suna la había enviado con un muñón por mano derecha por robar una manzana en un famoso mercado. A Sand le gustaba hablar con ella, y como se había quedado huérfana, había optado por asumir el papel de padre que había quedado libre.

– ¿Ah, sí? ¿Y qué vas a preparar con esos limones que van a traer?

– ¡Pastel de avestruz!

– Aunque traigan limones, no creo que traigan un avestruz, chiquilla.

Aditi hizo desaparecer su sonrisa por un segundo y frunció el ceño, pero acto seguido volvió a levantar sus brazos y a agitarlos en el aire mientras daba saltitos de ilusión.

– ¡Pues iré a buscar un avestruz!

– ¿Tú sola, Aditi?

– No... ¡Contigo, Sand, contigo! ¡Me dijiste que me enseñarías a cazar!

Mientras lo decía había salido del rondo dando brincos y haciendo piruetas en arena. Sand sonrió. Aquella niña era pura energía. Alegría e inocencia. Era pura. Y decir que formaba parte de una organización terrorista... Se le hizo una bola en el estómago. Él jamás se había preguntado siquiera quienes conformarían esos grupos rebeldes. Para Akun, príncipe heredero de Mohad, los rebeldes siempre habían sido hombres amargados y malvados. Rufianes sin corazón ni cerebro dedicados a destrozar sin preguntar, a saquear porque sí, a joderle la vida a la gente de Mohad, en definitiva.

Ahora veía los matices. En muchas ocasiones había hablado con Rudi sobre la razón de ser de los escarabajos. Pues quería saber por qué mataron a sus padres. Descubrió que, en realidad, Rudi no tenía nada en contra de sus padres como personas, como tal, sino que ella combatía el sistema. Era su forma de rebelarse contra las injusticias que repartía la monarquía mohadí en sus ciudades. Descubrió también que había quienes huían de la pobreza para unirse a los escarabajos, pues allí nadie les robaba el grano ni les obligaba a pagar un impuesto que los dejaba en los huesos y tiritando de frío en invierno.

– ¡Mirad, ahí están! –dijo alguien levantándose con la escudilla en las manos.

En efecto, varios camellos cargados se acercaban lentamente por las dunas. Se podía ver una hilera negra que marchaba en la noche sobre la fina arena. Sand esperó pacientemente a que se acercaran, mientras se terminaba el guiso a base de cactus, con la firme esperanza de que Boris trajera limones y así poder dar una alegría a Aditi.

– ¡Sí, son ellos!

Un corro se formó en torno a la hilera que se iba acortando y transformando en un informe círculo, en cuyo centro iban apilando sacos con el material obtenido. Sand observó como esas gentes de países enemigos conversaban, bromeaban, reían. Mohad y Suna, dos enemigos históricos que habían protagonizado las guerras más sangrientas en la era de los Imperios. Era como si el peso del pasado se hubiera repartido en los cientos de millones de granos de arena que había allí, para dar lugar a un nuevo comienzo. Una nueva oportunidad. La simiente de una nueva era de entendimiento entre dos pueblos que creía condenados al antagonismo.

Pensó que, desde ahí abajo, estaba haciendo más por el Bien que lo que jamás habría hecho desde lo alto de su palacio. ¿Pero estaba haciendo el bien exigiendo oro y mercancías por permitir el paso a unos pocos mercaderes privilegiados?

– ¡Sand! –Boris se acercaba con paso apresurado–. ¡Sand! ¡Era Silvie! Me ha dado una nota para ti –y se la entregó en mano.

– ¿Habéis traído limones? –preguntó.

– ¿Qué? Eh... No lo sé, la verdad. Nerandra se ha encargado de hacer el inventario...

– De acuerdo, iré a ver dentro de un rato. No os hemos olvidado, ahí tenéis una cazuela entera esperándoos –y señaló con el cucharón el lugar donde se estaban guisando los trozos de cactus.

– Genial, estoy tan hambriento que me comería hasta un guiso de cactus. Por qué es eso, ¿verdad?

Sand se rio con ganas y Boris entendió que así era. Como siempre. Se acercó a la cazuela cogiendo una escudilla limpia de la pila y llamó a los suyos para que se acercaran también. Justo en ese momento Pierre estaba removiendo el guiso, conque se dedicó a servir a todo el mundo.

– Es curioso lo que pinchan estas plantas cuando no las guisamos –comentó en voz alta, pero solo obtuvo el silencio por respuesta.

Sand también ignoró el estúpido comentario y esperó a que los recién llegados terminaran de comer. Esperó porque sabía que a esa gente le gustaba sentirse cercana con su líder. Y, de hecho, a él también le estaba empezando a gustar. Se estaba embebiendo del rudo lenguaje aldeano, de las chanzas del populacho, de sus rudimentarias costumbres...

– Pues sí, pues sí. Eso me pasó con el idiota que vino a repartir comida –contaba Francis entre risas–. Le dije: ¡Dos hogazas compañero, y si tienes huevos póngame dos docenas! Y muy servicial, ¡el muy cabrón me puso doce hogazas!

Pese a que en Suna no estuvieran acostumbrados a comprar el pan y los huevos al mismo vendedor, todos rieron la broma. Aquella fue la última que oiría Sand durante la velada, así que entre risas y carcajadas se despidió.

– Al menos un par sí que tenía –prosiguió Sand–. En fin, he de irme amigos. Tengáis una buena noche, ¡que os la merecéis!

Una vez que se quedó a solas en uno de los carrmatos convertido en choza, al calor de una llama que alumbraba el pequeño pupitre, Sand se dispuso a leer la nota de Silvie.

Querido Sand,

He podido recopilar cierta información que podría ser de tu interés. En primer lugar, he descubierto por medio de una tejedora muy amiga mía, cuyo marido es guardia real en la Fortaleza Flotante. Se rumorea que Rose Mont'Arbre sigue viva, y que permanece oculta en las mazmorras del castillo. Su padre, cuyo intento de rescate se saldó con la aniquilación de sus tropas frente a los muros de Val'Monde, se mantiene en el gobierno de su ciudad. Al menos por ahora, pues cada día cuenta con menos aliados.

En cuanto al asunto militar, el rey ha enviado a reclutadores a los cuatro rincones del país. Por tanto, es de suponer que pronto los campos se quedarán sin quien los labre y una joven milicia se unirá a las filas del Ejército mohadí y partirá a servir el interés nacional a Mareas Rotas.

Por otro lado, he de decir que nuestro negocio florece como las petunias. Varias docenas de mercaderes acuden a mí para transportar sus bienes, a quienes cobro una hermosa comisión, como sabes. Los Especieros han perdido muchísima influencia, gracias a vuestros saqueos, cosa que agradezco. Sin embargo, me estoy quedando sin especias y, suponiendo que no necesitéis montañas de pimienta para vuestros guisos, podríamos convenir por trueques provechosos, pues seguro que escasea la buena carne por allí.

Volveré de Val'Havre dentro de dos semanas, espero poder mantener una de esas agradables charlas a orillas del lago con mi socio, pues tenemos que sofisticar el sistema si no queremos que el rey mande más guarniciones a proteger esa ruta.

Atentamente se despide, tu socia más provechosa,

Silvie.

Sand estrujó el papel en su mano, que cerró con tanta fuerza que empezó a temblarle. Llevó la mirada al techo. Una mirada húmeda. Las lágrimas cayeron por sus mejillas hasta llegar a al arco que dibujaba su boca, pues estaba sonriendo. Todavía no había perdido. Su ira se convirtió en esperanza. Se olvidó de Redal.

Rose podría estar viva. Tenía que ir a por ella, y tenía que darse prisa.